



# LA LECTURA PINTADA

**WILSON PÉREZ URIBE**

Medellín, 1992. Licenciado en Humanidades  
y Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia.

Ilustración *Martín gigante norteamericano (Megaceryle alcyon)*, Kevin Simón Mancera.

No ajenas a la pintura han sido las escenas en las que alguien lee. En la pintura se hace presente el acto de leer. El libro y quien lo lee respiran, son espectadores de sí mismos. Su inquietud está en saberse. Animan a otros a mirar con detenimiento lo que sucede en ese espacio, en apariencia, solitario y cauto. Dar a leer es una soledad que se ofrece. Por eso en el libro susurra la lengua su voz callada. En la lectura pintada la lengua recupera su modulación precisa. El mundo que encierra el libro es uno que se hace próximo. No posterga el gesto hospitalario de ofrecerse.

*Mujer que sueña los Cantares de Ise* (1795-1818) del pintor japonés Chōbunsai Eishi, suscita la figura de una mujer paciente. Recibe el mundo en la evocación de algunas líneas que ha leído en el *Ise Monogatari*. Cerrados los ojos, el mentón descansa sobre el dorso de la mano derecha y el libro está sujetado por los dedos de la mano izquierda. En la lectura pintada algo permanece: una confianza en el mundo. El ensueño de lo leído aclara la presencia del otro.

La artista galesa Gwen John pintó en *Dorelia a la luz de una lámpara* (1903-1904), la forma de la lectura como un ritual. Se dispone el gesto, la mesa y la habitación para abrir el libro y leer. La casa en la que se lee se hace resguardo. Dorelia apoya el libro sobre la mesa. Habita en ella una parquedad que se antoja inquieta. Habla al oído ese libro que antes fue indiferente mientras sucede el encuentro con un rostro no visto antes.

El artista francés Marcel Rieder pintó, a finales del siglo XIX e inicios del XX, sus mejores obras. Es curioso el mapeo que traza de las emociones en cada mujer retratada. Unas aguardan un encuentro añorado a la orilla del mar, otras miran con nostalgia a través de la ventana y otras leen a la luz tenue de una lámpara.

Sucede en el cuadro *Petite liseuse au chien* (s.f.) donde el acto de la lectura evoca una pulcritud entre la persona y el libro. Esta mujer se hace discípula del libro. Se permite el decirse en soledad. Se abandona a la frase corta que retumba en la caracola de su oído. Luego, sólo luego, se dedica a hablar consigo misma.

Simone Martini pintó, hacia 1333, la *Anunciación*. María es visitada por un mensajero del cielo. Visiblemente atemorizada, esquiva ante la figura del ángel, se reclina sobre sí. En su mano izquierda sostiene un libro rojo. Marca el lugar de la lectura antes de la interrupción del advenimiento. La María de Martini no es ya la inocente y pulcra Virgen de los creyentes.

Es curioso que se asocie a la cultura la práctica de la lectura. El libro es a la vez contención de la historia y prolongación de la memoria. Se suele decir que quien lee un libro es menos ignorante. En el cuidado de sí se privilegia el libro como símbolo de lo culto, lo cuidado y lo eterno. Ante la sed, el hambre, el frío o el miedo, dice Irene Vallejo en su *Manifiesto por la lectura*, “somos la única especie que explica el mundo con historias, que las desea, las añora y las usa para sanar”. En el libro anida una noción entrañable: la confluencia entre el pasado remoto y la realidad.

Hablamos de la lectura como conversación silenciosa con aquello que nos urge antes del suspiro definitivo. El libro no sería otra cosa que una evocación de la fragilidad en su salto a lo perdurable.

Una obra del pintor británico James Sant, *El cuento de hadas* (1860), insinúa una sospecha: ¿cuál es la razón por la que se suele asociar a la mujer con el libro? Contar historias bajo la lumbre de una fogata, es un acto en el que se encuentran las huellas de las mujeres en la historia de los libros. La transmisión de los relatos antes de dormir o para calmar las fatigas del insomnio, fue una tarea a la que se dedicaron las mujeres. Mientras tejían urdían la trama de nuevas historias. El texto proviene de un tejido en el que las palabras dibujan mundos posibles. El misterio del nudo y su desenlace, el hilo del relato, el bordado de un diccionario personal en el que se contienen viajes a tierras desconocidas y quimeras urdidas en el sueño humano. Al coser la tela la voz se acompasa a ese ritmo pausado y constante. De ahí, entonces, que las historias se prolongan desde la mano tejedora de las mujeres.

La historia tras de las pinturas apuntan a la narración de una soledad en la que se saborea la compañía y se dulcifica un cierto diálogo con el mundo. La paradoja, en apariencia inocente, reside en la lectura pintada como si fuera un secreto mudo. Los nichos de la lectura donde se aprende a conversar en silencio no son un capricho: responden a las demandas sociales inauguradas en plena época industrial. Arrebatados de sí los espacios modestos y austeros, se lee en silencio para ser propietarios del tiempo.

La pintura es casa recíproca que nos orienta a un saber de finitud. Lo que alguna vez fue extranjero y material, fugaz y esclavo, de golpe se resiste, nos mira y solicita otra atención, una suerte de callada vecindad.

La lectura pintada en la que se entorna una ventana a un interior no conocido, viene a la memoria en *Muchacha leyendo* (1828), de Gustav Adolph Hennig. Un aire barroco dulcifica la figura de aquella joven. Los pliegues del vestido se alinean con la presencia suspendida del libro. En este cuadro en particular es

rústica la lectura, ocupa ambientes donde el tiempo se transforma. Suspenso en su trama, quien lee asiste al soplo de las cosas.

El repliegue: aquello que se pliega sobre sí mismo. No solo el cuadro de Hennig, también *Interior con muchacha leyendo* (1908), de Peter Ilsted, y *La lectora* (1880-1890), de Jean-Jacques Henner, aluden a ese pliegue donde se es fiel al hecho de estar solas. Leer torna el rostro hacia adentro. Escudriña, ausculta, reconoce. Luego escucha, dice, mira hacia arriba, digiere, vuelve a la página. Pero es otra la soledad cuando se hace residencia en ella. *La lectora de novela* (1888), de Vincent van Gogh, no es aquella mujer lectora de novelas pintada por Winslow Homer. El arrojo al silencio de las lectoras de Edward Hopper, dista, en profundidad y resonancias, con esa mujer desnuda de Edgar Degas que lee un folletín.

“Leer no es tanto una forma de ser y quizá sea mejor decir que es una forma de estar y de hacer”, apunta Carlos Skliar. Durante los siglos XVIII y XIX, los lectores se esfuerzan en el cultivo de sí desde un saber sentimental. La poesía y la novela ocupan los anaqueles principales. Madame Bovary se entrega, segura de sí misma, a la lectura. En su habitación privada, aprende del mundo sus riesgos y sus placeres. Joan-Carles Mèlich sostiene que “leer es una forma de existir”. La referencia es lúcida al pensar en aquel cuadro del pintor francés Henry Lerolle, *Femme à la lectura* (1900). Esa mujer que lee, a solas, se sabe en la proximidad del jardín, de la habitación, de la puerta.

Dos cuadros del pintor danés Vilhelm Hammershøi: *Interior con un joven leyendo* (1898); *Interior con mujer leyendo una carta* (1899). Dos sugerencias que apuntan a un lugar: lo quieto permanece. El silencio necesario pintado por Hammershøi se orienta al cuerpo y al libro. Los rostros inclinados, las manos sopesan el peso de la lectura y los ojos no se apartan de otro lugar del que no sea aquello comunicable que los hace estar detenidos en el tiempo. El cuerpo y el libro se retraen. *Retrahere*: volver a traer. Abrir un surco. Ovillarse. Tornar al espacio íntimo donde se resiste. Al leer no se está más en la tierra, no en su forma habitual.

En la lectura pintada no tienen prisa los dedos en pasar las páginas del libro. No hay prisa en el hojear. De cuando en cuando, se detienen, subrayan, se estancan. Una frase apenas en la mitad del párrafo. Una suficiente para postergar la lectura.

Quedar viviendo allí por días, como la comodidad de un pájaro que vuelve al mismo abrevadero. El libro como artesa al que se va a beber, solo de a poco, a pequeños sorbos. La lentitud de la lectura que suspende todo trayecto. En la lectura el oído se afina. Hay algo en él que no consideran los gramáticos: su estado de alerta ante la interrupción, su dilatada postura al murmullo, quizá al eco.

En la lectura pintada, leer es dejarse escuchar. **U**

